

Los 3 pelos del Diabolo



0.10
EN TODA LA
REPUBLICA
7 y 8 de TOM.

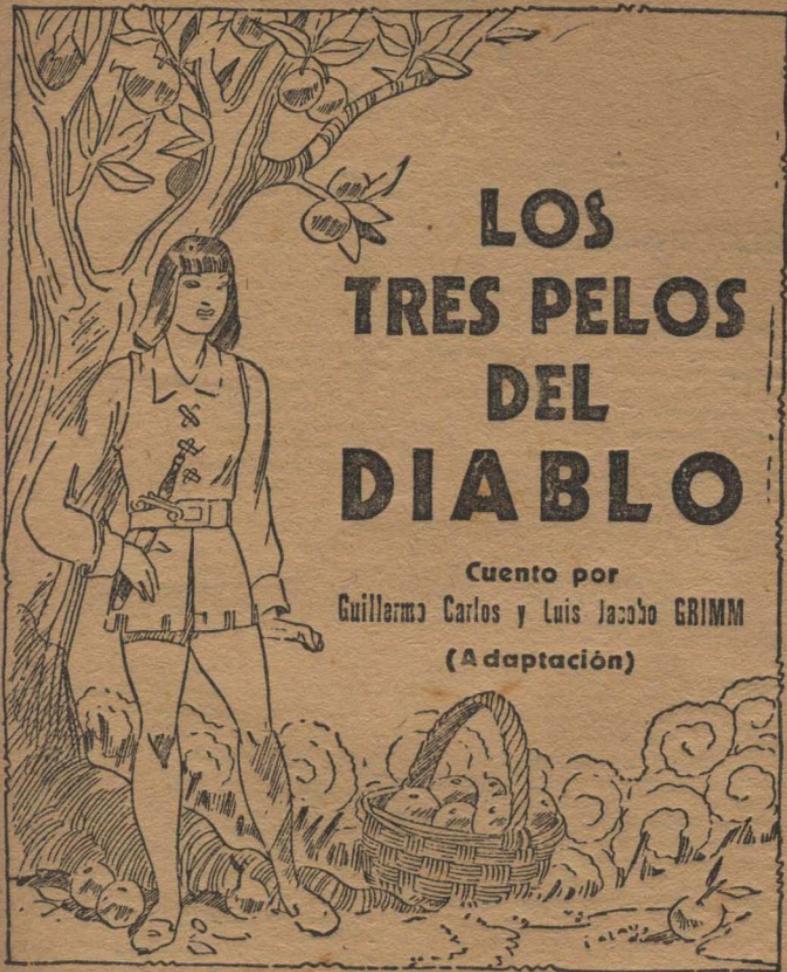
DAVAL 42.



00163280



#2-



LOS TRES PELOS DEL DIABLO

Cuento por
Guillermo Carlos y Luis Jacobo GRIMM
(Adaptación)

EDITORIAL TOR

Río de Janeiro 760

Buenos Aires



LA ABEJA

LA MEJOR Y MAS ECONOMICA COLECCION INFANTIL ILUSTRADA

HAN APARECIDO HASTA LA FECHA

- | | |
|---------------------------------------|---|
| 1 - Pinocho en el teatro de títeres | 37 - Pif Paf |
| 2 - Blancanieves y los 7 enanitos | 38 - La carga liviana |
| 3 - Los príncipes encantados | 39 - La alfombra mágica |
| 4 - La bella durmiente del bosque | 40 - El pájaro que reía |
| 5 - Juanfuerte | 41 - La cenicienta |
| 6 - Piel de asno | 42 - Aventuras del Rey Beber |
| 7 - La princesa y el erizo | 43 - El muchacho y la fortuna. Fábulas de Samaniego |
| 8 - Alí Babá y los 40 ladrones | 44 - Pinocho en el fondo del mar |
| 9 - La inocente mensajera | 45 - Gulliver en el país de los enanos |
| 10 - Pinocho en campo milagros | 46 - La bella Dorigen |
| 11 - El pájaro verde | 47 - Las salamandras azules |
| 12 - Pulgarcito | 48 - Los zuecos maravillosos |
| 13 - Los maestros cantores | 49 - Las tres hermanas |
| 14 - El rey del río de Oro | 50 - Fábulas de Iriarte |
| 15 - Capucita Roja | 51 - El niño raptado |
| 16 - Las tres princesas | 52 - Barba Azul |
| 17 - El triunfo del zorro | 53 - Tonino el hormiguerino |
| 18 - Pinocho en la isla de las abejas | 54 - Gulliver en el país de gigantes |
| 19 - La princesa picarona | 55 - El tejedor de Segovia |
| 20 - Simbad el marino | 56 - El príncipe Cododac |
| 21 - Canción de Navidad | 57 - La amiguita de los pájaros |
| 22 - Un viaje maracilloso | 58 - La señorita Scuderi |
| 23 - El niño que se volvió hormiga | 59 - Fábulas de Esopo |
| 24 - El enano Zacarías | 60 - Constanca |
| 25 - Pinocho en la gruta del monstruo | 61 - Nicolásón y Nicolásín |
| 26 - El legado del moro | 62 - Los rosales de la reina |
| 27 - El gato con botas | 63 - El enfermero del Chaclo |
| 28 - El hada de Granville | 64 - Grisélidis |
| 29 - De los Apeninos a los Andes | 65 - Alicia en el país de maravillas |
| 30 - Meñique | 66 - Aladino |
| 31 - El rey cuervo | 67 - Genoveva de Brabante |
| 32 - Almendrita | 68 - La Sirenita |
| 33 - Pinocho en el país de juguetes | 69 - Peter Pan |
| 34 - El niño perdido | 70 - El patito Feo |
| 35 - Robin Hood | 71 - El hombre que vendió su sombra |
| 36 - La isla encantada | |

UN VERDADERO ESFUERZO EDITORIAL Y ARTISTICO SIN PRECEDENTES EN AMERICA

Se trata de una edición artística y de lujo, pero a un precio eminentemente popular

ES PROPIEDAD. — Queda hecho el depósito que marca la ley.



LOS TRES PELOS DEL DIABLO



CAECIO esta historia cuando mora-
ba en el país de Quiensabedonde un
monarca muy poderoso, uno de esos
que lanzan un estornudo y tiembla
hasta el más pintado. Con lo cual se
dará cuenta el lector de lo poderoso

que era. El tal monarca, por más señas, se
gastaba una corona de oro, cetro con pomo de
marfil y un manto riquísimo, de grana y armiño.
Pero, a pesar de todo esto, se sentía muy desgra-
ciado. Y esto ocurría, lectorcillo amigo, porque no
era suficiente todo su poder para hacer dichosa

a la hija única que tenía, la cual era una princesa tan delicada y enfermiza que nunca podía salir de sus aposentos y veíase obligada a pasarse la vida sentada en un sillón, como si en vez de ser una jovencita, fuese ya una anciana de ochenta o más años.

Médicos y más médicos, legiones de curanderos acudieron de todas partes del mundo para curar su dolencia, guiados por el ansia de lograr una magnífica recompensa de manos del poderoso rey. Pero en vano fué todo. Ninguno de ellos, y los había muy sabios y muy famosos, consiguieron poner término a su raro mal. Incluso algunos perdieron el don de la vista de tanto leer, y otros los cabellos de tanto cavilar.

Cuando llegaba al máximo la desesperación del rey, pasó por el reino una hermosa hada, proveniente de extrañas comarcas y que aún no estaba enterada de la extraña dolencia de la princesita real. Llamada por el rey, se hizo presente en palacio; vió a la enferma y de inmediato comunicó al rey que su querida hija sanaría no bien se hubiese comido una manzana. El rey puso en duda la terapéutica del hada. ¡Una manzana!... Pero como el hada lo había dicho, y tenía la fama de no equivocarse jamás, acabó el rey por creer en el remedio, aunque supuso que se trataría de una manzana de rarísimas virtudes. Ordenó que se pregonase por todo el reino, e incluso en los reinos vecinos, al son de cornetas y tamboriles, que necesitaba una manzana destinada a curar a la doliente princesita. Y además prometió que la persona que aportase la que sanaría a su hija, había de casarse con ella, de manera que andando



Una hermosa hada, proveniente de extraña comarca...

el tiempo llegaría a ser el dueño y señor de la nación.

Como es natural, se armó un revuelo de padre y señor mío. ¡Ser rey gracias a una simple manzana!... No era, empero, una cosa tan fácil como a primera vista parecía. Muchas fueron las manzanas que comió la hija del rey, muchísimas, pero ninguna la sanaba.

Llegó el extraño pregón, como a muchos otros lugares, a una lejana aldea enclavada entre las montañas más distantes del país. Vivía allí, en una de las casas más pobres del lugar, un labriego con sus tres hijos. Cuando el padre se enteró del real bando, pensó de inmediato que había sonado la hora de salir de la miseria. Llamó al mayor de sus hijos y muy satisfecho, y como si la cosa fuera ya pan comido, le dijo:

—Tú serás rey, Carlos, hijo mío.

—¡Rey yo, padre? —exclamó alelado el mancebo.

—Sí, tú... He escuchado en la plaza del pueblo el pregón real.

—Yo también lo he escuchado, y como yo, todos los hombres del pueblo. Y todos tienen la intención de llevar manzanas.

—Pero las tuyas serán las mejores. Las arrancarás del manzano que hay en el rincón del campo; esas tan perfumadas, cuyos colores son capaces de causar envidia a la doncella más hermosa. Tú lo ignoras, pero más de una enfermedad ha sido curada con esas manzanas.

—¿Crees, padre mío, que curarán a la princecita? —inquirió anhelante su hijo.



Tú serás rey, hijo mío

—Ve y arranca algunas, llena con ellas un cesto y llévalas a palacio. Si la princesa las come, curará, como todos los enfermos que las probaron.

Hecho unas pascuas, hizo el muchacho lo que le indicó su padre. Se dirigió al huerto, munido de una escalera de mano, y arrancó las mejores frutas del manzano, colocándolas en la bonita cesta escogida. Y sin siquiera acordarse de comer, ese mismo día marchó en dirección a la capital del reino.

A la hora del alba, y cuando muy poco le faltaba para llegar a la gran ciudad, encontróse en medio de la carretera con un hombre muy bajito, con uno de esos enanitos que figuran siempre en los cuentos de hadas.

El que nuestro buen Carlos encontró era dueño

de una barba blanca como la nieve, y tan larga, que le arrastraba casi por el suelo. El enanito lo preguntó:

—¿Puedes decirme qué llevas en esa cesta, buen mozo?

—¿Que qué llevo en esta cesta? Pues, sencillamente, patitas de rana.

Sintióse molesto el enano por el tono y por la burla, y como era un mago poderosísimo, resolvió aplicar un castigo al insolente.

—Será como dices —decidió, dejando que Carlos siguiese su camino.

En menos de lo que tardamos en decirlo, se encontró ante las puertas del palacio del rey. Al punto interpeló a uno de los guardias en los siguientes términos.

—Comunica de inmediato al soberano que lo traigo la salud para la princesa.

Impresionado, el guardia llamó al oficial.

Este le preguntó:

—¿Qué estás diciendo, patán?

—Que me conduzca a presencia del rey. Vengo con las manzanas que salvarán a su hija. Y se me debe obedecer de inmediato, pues de lo contrario ordenaré que os azoten, cuando sea rey.

Riéndose de la amenaza, el oficial resolvió notificar al soberano de lo que acaecía. Ordenó el rey que trajeran a Carlos a su presencia. Entró el muchacho haciendo grandes reverencias y se puso de rodillas ante el soberano.

Este, con jubilosa ansiedad, inquirió:

—¿Es verdad lo que me dicen de que traes manzanas?

—Si, majestad.



¡Veamos esas manzanas! —exclamó el soberano

—¿Y cómo sabes que curarán a mi hija?

—Porque curaron a muchas otras personas que padecían de extrañas enfermedades.

—¿Es cierto lo que dices? —exclamó el rey, henchido de esperanza—. ¿Habéis oído, vosotros? —añadió, dirigiéndose a los cortesanos que le rodeaban.

Uno de los consejeros de la Corte inquirió:

—¿Cómo son tus manzanas?

—Muy perfumadas —respondió Carlos—, y tienen unos colores tan bonitos que nada deben envidiar a los de la más hermosa de las jóvenes.

—¿Veamos esas manzanas! —gritó el soberano—. Muéstralas, hijo.

Apresuróse el muchacho a complacerle y destapó la cesta, al mismo tiempo que extendía los brazos para que el rey viese los frutos que él mismo pusiera dentro.

Pero, ¡espantoso milagro!, entre las hojas verdes y cuidadosamente dispuestas, no había manzanas, sino patas de rana, sanguinolentas y agitando aún... Al ver aquello tan diferente de lo que aguardaba, el rey púsose en pie, enfurecido.

—¡Vil can! —exclamó—. ¿Has pretendido mostrarme de mí?

—¡Oh, sire! —gritó el muchacho, echándose a sus plantas—. Soy inocente, ¡lo juro! ¡Yo mismo puse las manzanas!

—¡Que no le vea más! ¡Arrojadle de mi palacio!

Y a empellones y a golpes de alabarda, Carlos fué expulsado hasta la puerta de palacio, desde donde un postrer empujón lo arrojó en medio de la calle, entre las carcajadas de los ociosos que siempre había por aquel lugar. De manera que



El muchacho echó a correr a toda velocidad.

se marchó por donde viniera, muy alicaído y convencido de que toda su desgracia se debía al enano de quien pretendiera mofarse.

Luego del fracaso de su hijo mayor, el labriego decidió probar fortuna con el segundo. De modo que llamó a Martín y le dijo:

—Has de probar si tienes más suerte que tu hermano. Ve al manzano, arranca los mejores frutos y ve al palacio real, a ofrecerlos para curar a la hija del soberano.

Apresuróse Martín a obedecer, y una hora más tarde emprendía la marcha.

En las proximidades de la ciudad real, se encontró, como Carlos, con el pequeñín de la lengua barba blanca.

—¡Hola, amigo! —le saludó éste—. ¿Qué llevas en esa hermosa cesta?

Muy amigo también de mofarse era el segundo hijo del labriego, y fijándose en la gruesa nariz del gnomo, contestó:

—Llevo gordas y rojas morcillas, parecidas a tu nariz.

Muy ofendido se sintió el enano, dirigió una torva mirada al burlón, musitó algo entre dientes y exclamó:

—Será como tú dices.

Llegó finalmente Martín a la puerta del palacio real, y con tono presuntuoso, dijo al soldado de guardia en el portal:

—¡Vamos, amigo! Comunica al rey que ha llegado el hombre que le trae la manzana que ha de sanar a su hija, la princesa.

Se hallaba junto al soldado el mismo oficial que otrora introdujera a Carlos, y que al oír tales palabras, gritó:

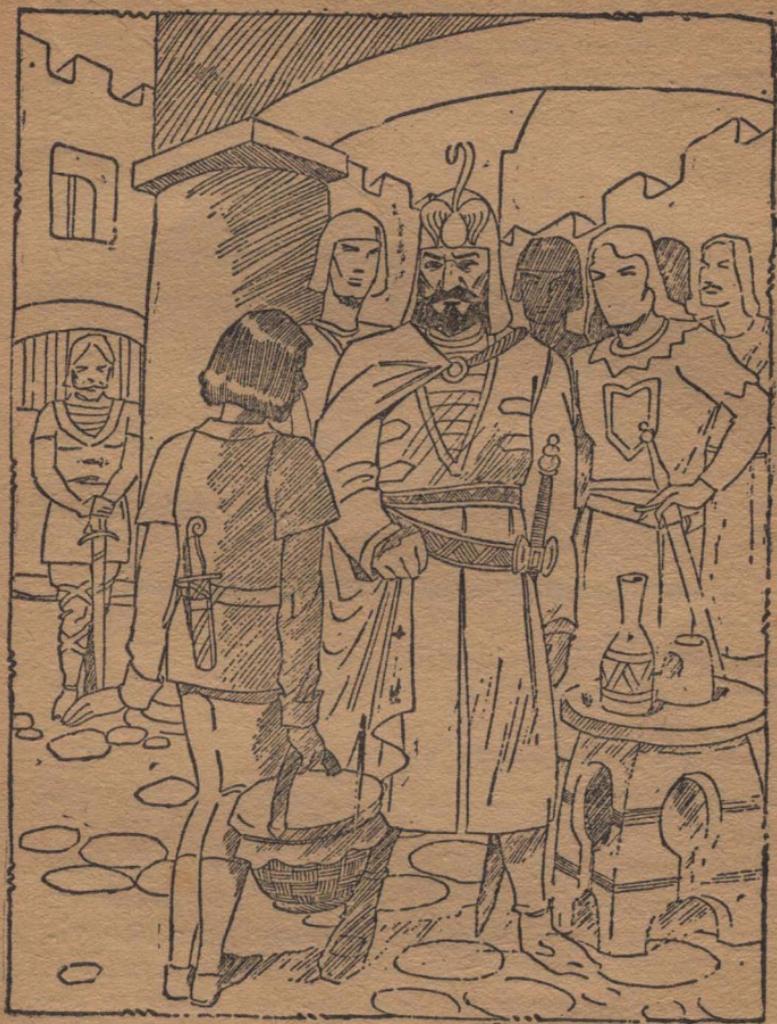
—¡Fuera de aquí, pillastre! A lo mejor tus manzanas, como las del otro, son patas de rana.

Martín, ignorando lo que le ocurriera a su hermano, que se calló lo que le había sucedido, no entendió lo que el oficial quería decir. Y como insistiera en ver al rey, lo mandaron al diablo. Pero como los amolara con sus ruegos, el oficial se dejó convencer.

No estaba el rey tan esperanzado como la vez anterior, y apenas estuvo el muchacho en su presencia, le dijo:

—Dícenme que traes manzanas para reponer a la princesa. Muéstramelas.

Martín, cohibido, apresuróse a obedecer. Destapó la cesta y ¡naturalmente!, entre las verdes hojas aparecieron unas morcillas gordas y rojas co-



¿Y para qué quieres ver al rey?

mo la nariz del célebre enano. Grande fué la furia del rey. Incluso quería pegar al pobre patán con su cetro. Ordenó finalmente que le expulsaran a bastonazos del palacio, prodigados por media docena de sólidos escuderos.

Nada tiene de extraño que el muchacho, apenas se vió fuera del palacio real, echase a correr con toda la velocidad que sus dolores le permitían, y no parara hasta llegar a la casa paterna, donde comunicó que también había fracasado.

El labriego se hacía ya a la idea de que su plan había abortado, cuando su hijo menor le pidió que le permitiese llevar al palacio las escasas manzanas que aún quedaban en el árbol.

—¡Qué vas a llevar tú, zopenco! —respondió el padre.

—¿Pretendes compararte con nosotros, bobeta? —dijo Carlos.

—¡Vaya un idiota! —añadió el apaleado Martín.

Porque el pobre Juanito era considerado un cretino, o poco menos, por sus hermanos y su padre. A pesar de todo, el chico volvió a insistir:

—¡Te lo ruego, padre! ¡Déjame ir! ¡Quiero probar mi suerte!

—¡No seas lelo! —dijo el labrador—. ¿Qué podrás tú conseguir, bobito, donde no pudieron triunfar Carlos ni Martín, que son más que vivos? Por otra parte, no quedan casi manzanas, y las pocas que hay no son tan lindas como las anteriores.

—Pero provienen del mismo árbol. Déjame prolar.

Y tantas fueron sus súplicas, que al cabo de



Apareció la princesa, radiante de salud.

una semana de ruegos, el padre le otorgó el permiso correspondiente.

Emprendió la marcha al día siguiente, tempranísimo. Con la carga de su cesta de manzanas estaba ya casi llegando a la capital, cuando, al igual de sus hermanos, se encontró con el hombrecito de la lengua barba blanca, de pie en mitad de la carretera.

—¡Hola, chico! Parece que estás muy contento — le dijo.

—¡Claro que sí, buen enano! Voy a ver al rey, nada menos.

—¡Vaya, me alegro! ¿Y qué llevas en esa cesta tan tapada?

—Manzanas —contestó sinceramente Juanito,



Muy contento, el muchacho condu



embarcación hasta el palacio real.

que no gustaba mentir ni burlarse de nadie.

—¿Y para quién son?

—Para la hija de nuestro rey. Si las come, ha de curarse de esa pícara dolencia que la aqueja.

—Muy bien, muy bien. Será como tú dices.

Despidióse amablemente Juanito y llegó a la ciudad.

Acercóse a un soldado de guardia en palacio, y le dijo:

—Buenos días, señor soldado. ¿Podéis decirme cómo haré para entrevistarme con Su Majestad, el rey?

—¿Y para qué quieres ver al rey? —le preguntó el guardia, que era muy barbudo.

—Para entregarle este cesto de manzanas, con las cuales curará la princesa, su hija.

Se esfumó toda la amabilidad del guardia.

—El rey no quiere verte — dijo—. De modo que, ¡largo de aquí!

—¿Y qué sabes tú si quiere verme o no? —protestó Juanito—. Avísale de mi presencia y dile que Juanito ha venido desde su pueblo a pie, a traerle manzanas, y verás si quiere verme. Ya estás andando.

Pasó en ese momento el mismo oficial que recibiera a los hermanos de Juanito, y también se negó a complacerlo.

Tanto insistió el pequeño, que finalmente fué conducido a presencia del rey, quien le aguardaba con ceñudo rostro.

—¿Qué deseas de mí? —preguntó el soberano, una vez que Juanito se hubo arrojado a sus plantas.



Juanito comenzó a construir la barca, se armó de un hacha y...

—De mi pueblo acudo a traer os manzanas para sanar a vuestra hija, majestad.

—¿Estás seguro de que llevas manzanas en la cesta, muchacho?

—Naturalmente.

—Bien —siguió diciendo el rey—. Prepara tu bacha, verdugo —ordenó al instrumento de la justicia—. Como hayas pretendido mofarte de mí, caro lo pagarás, muchacho. A ver esas manzanas...

Efectivamente, la cesta estaba repleta de manzanas, como nunca se vieron iguales en el mundo. Eran gordas, de unos tonos que enanoraban, y despedían un perfume que invitaba a morderlas.

Asombradísimo estaba el mismo Juanito, pues cuando las arrancara del árbol, a pesar de que eran hermosas, mucho distaban de parecerse a las primeras que se llevaron sus hermanos, y ninguno de aquéllas, podía compararse con las que ahora enseñaba al rey.

Este ordenó de inmediato que llevaran la fruta a su hija, cosa que hizo su primer consejero.

Y cuando el rey y el chico aguardaban ansiosos el resultado, apareció en el salón del trono la princesa en persona, radiante de salud y de belleza.

Ya supondrá el lectorcillo el júbilo del rey y de sus cortesanos; pero no eran nada ante el del bueno de Juanito. ¡Pronto sería rey!

Pero su alegría echó sombras sobre la del soberano. Al fijarse en el satisfecho muchacho, pensó que debía cumplir la promesa de entregar la mano de su hija al hombre que llevase la manzana. Y muy poco le agradaba casarla con un patán como el buen Juancito.

La princesa tampoco parecía muy conforme de



Se le apareció el enano de las barbas

su destino. De modo que el rey decidió zafarse de su compromiso. Pensó un poco, y al fin se le ocurrió algo que supuso una idea salvadora. Con una seña llamó al hijo del labriego, y le habló en los siguientes términos:

—Dispuesto estoy a cumplir la promesa que hice, pero antes quiero poner tu inteligencia a prueba. Mucho le agrada a mi hija embarcarse, y he resuelto construirle una barca que ande tanto por agua como por tierra. Veremos si sabes hacerla.

Quedóse mudo el bueno de Juanito ante lo que le pedían. Quiso protestar, pero el rey ya le había vuelto la espalda, y se alejaba llevando de la mano a la princesa.

Completamente alicaído, llegó el chico a su casa. Su padre y sus hermanos lo recibieron con pullas.

—¿Qué te suponías, tontolín? —le dijo su padre—. ¿No te dije que el rey nunca aceptaría por yerno a un cretino como tú? ¡Una barca que ande por agua y por tierra! ¡Trabajo te doy, si pretendes hacerla!

Pero Juanito se munió de hacha y herramientas varias, y ya en el bosque, dió comienzo a la dura faena de construir la barca.

Con entusiasmo inició el trabajo, y cuando construyó por completo la embarcación se sentó en ella. No bien tomó los remos y empezó a bogar con ellos, la barca recorrió el camino, como hubiera podido hacerlo en la superficie del mar o de un río. Muy contento, el muchacho condujo la embarcación ante el palacio real, llevando en pos de sí una verdadera multitud, que empezó a seguirle desde que entró en la ciudad, y que comentaba a gritos semejante maravilla.

—¡Hola, soldado! —dijo Juanito, apenas llegó y hubo saltado de su barca—. Dile al rey que salga. Aquí está la embarcación que me pidió.

Y poco más tarde, el joven hizo una demostración ante los azorados ojos del soberano. Aunque le pareciera increíble, aquella era la barca que él solicitara de Juancito.

—Me has complacido —le dijo—. Pero mucho más fácil será lo que voy a pedirte ahora.

—¿Qué debo hacer, majestad?

—Cuidar durante un día los cien conejos de la princesa. Lo haces o renuncias a mi hija.

—Cuidaré los conejos.

—Pero ten presente que como falte un solo conejo mañana a estas horas, no tendrás ningún derecho a la mano de mi hija. ¿Comprendido?



Quiero que me traigas los tres pelos del Diablo...

—Comprendido, majestad —repuso Juanito.

Un cuarto de hora más tarde andaba por un parque especial, detrás del palacio, y en el cual campaban a sus anchas, los cien conejos blancos de la princesa. El trabajo era más pesado de lo que se imaginara Juanito, y muy dificultoso, sobre todo al anochecer. Estaba ya cansándose de aquel constante cuidado, cuando se le apareció el enano de las barbas, que le saludó como de costumbre.

—¡Hola, Juanito! ¿Qué estás haciendo hoy?

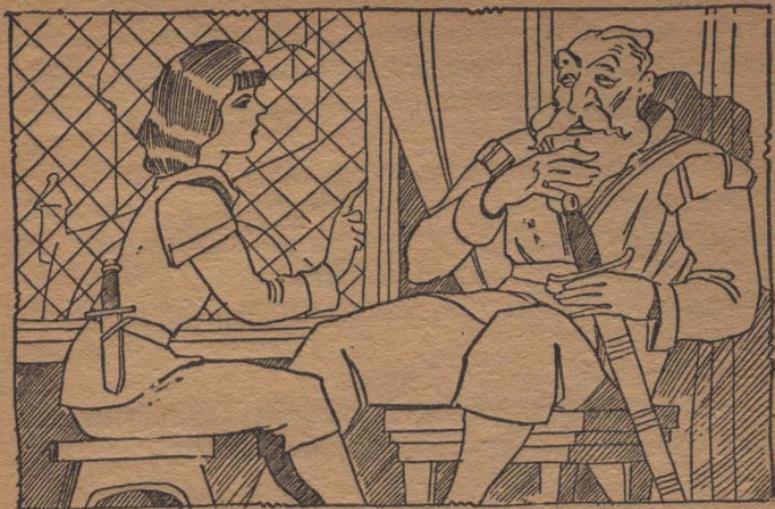
Pues cumpliendo la nueva exigencia del monarca. Desea que cuide estos cien conejos durante un día entero. Y la verdad que es trabajo pesado al extremo.

—Yo te ayudaré —dijo el hombrecito—. Toma este silbato y como se aleje algún conejo, silba con él y el animalito regresará al punto.

Se disponía Juanito a darle las gracias, pero el enano desapareció de repente. Juanito, durante la noche, no tuvo mayor trabajo con los bichitos, pero al amanecer se presentó un cocinero del palacio. Quería llevarse un conejo a toda costa, diciendo que era para el almuerzo de la hija del rey, pero Juanito casi tuvo que recurrir a la fuerza para hacerle variar de intento. Le gritó al hombre, cuando el mismo se alejaba:

—¡Y le comunicas a la princesa, que si quiere comer conejo en su almuerzo, que baje personalmente a elegir el que más le agrade!

Enterada de esto, la princesa, que tampoco quería casarse con un campesino, fué al parque de los conejos en busca de uno de ellos. No se opuso Juanito a que se lo llevara.



Voy al fin del mundo, a buscar los tres pelos...

Irradiaba júbilo la hija del rey. No se casaría con aquel patán. Efectivamente, llegaba la hora del plazo convenido con el rey, y le faltaría un conejo a Juanito. Pero diez minutos antes de que se hiciese presente el monarca, el muchacho se llevó el silbato a los labios, emitió un extraño sonido que se oía desde varias leguas a la redonda, y apenas lo escuchó el conejo que la princesa tenía en sus faldas, dió un brinco y a escape se reunió con sus compañeros. E inútil fué que lo persiguieran la princesa, las damas y los pajes. A todos burló el animalito. Y cuando se presentó el rey y ordenó que contasen los conejos, no faltaba ninguno.

Pero el rey felón no quería cumplir su promesa. Dijo al muchacho con sonrisa falsa:

—Satisfecho estoy de ti, Juanito, pero creo que

has de ver que mi hija es merecedora de esto y mucho más. Por lo tanto, te impondré mi última condición. Quiero que me traigas los tres pelos del Diablo, que se encuentran en el fin del mundo.

—Os los traeré.

Y emprendió la marcha.

Por suerte, cuando pasó por el lugar donde se encontraba por vez primera, halló otra vez al hombrecito de la lengua barba.

—¡Mucho celebro encontrarte! —dijo el chico, contentísimo.

—¿Por qué, Juanito?

—Ante todo, para devolvarte el silbato, y luego, para que me ayudes a llegar adonde voy.

—¿Y adónde vas?

—Al fin del mundo, en busca de los tres pelos del Diablo. ¿Qué camino debo seguir?

—¿Ves ese río? —dijo el enano—. Síguelo hasta que se desvíe hacia la izquierda. Cruza entonces la corriente y echa a andar por un sendero que verás. El te conducirá al fin del mundo.

Siguió Juanito el consejo del enano, llegando a las cercanías de un castillo de extraña forma. Como estaba cansado de tanto dormir al aire libre, decidió pedir hospitalidad en el castillo. Allí lo acogieron con toda amabilidad, y le preguntaron adónde iba.

—Al fin del mundo —respondió el chico—. Voy en busca de los tres pelos del Diablo.

—¡Ah! ¡Ah! —gruñó el castellano, mesándose la barba—. Podrías hacerme un favor, muchacho. Es el Diablo un tipo que sabe todo lo del mundo. Si lo encuentras, preguntale dónde está la llave de un subterráneo que se encuentra bajo la torre



Se acercó cautelosamente al Diablo

de homenaje de mi castillo, y en el cual, según dices, está guardado el mayor tesoro de monedas y piedras preciosas que imaginarte puedas.

—Si veo al Diablo, le preguntaré lo que os interesa.

Días más tarde detúvose en otro castillo construido con piedras completamente negras. Apenas el castellano supo que iba en busca del Diablo, le dijo:

—Si puedes preguntarle cómo puedo curar a un pobre hijo que tengo, te recompensaré.

Así lo prometió Juanito. Finalmente llegó al lugar donde la corriente se desviaba hacia la izquierda. Como el río era allí muy caudaloso y ancho, no era posible atravesarlo a nado. Por suerte había allí un botero, que lo pasó a la orilla opuesta.

Mientras cruzaban el río, el hombre trató de averiguar adónde iba Juanito, y cuando lo supo, le pidió que le preguntase a qué se debía que llevara tantos años agarrado a los remos de esa barca, sin poder dejar ni por un instante la embarcación.

Prometió Juanito hacerlo, y siguió andando. Largos días después llegó a la morada del Diablo, de rocas encarnadas como fuego. Llamó. En lugar del Diablo apareció una vieja astrosa y muy encorvada, que dijo ser la madre del rey del Averno. Le explicó Juanito el caso y la mujer le prometió ayudarlo. Lo hizo esconder, también. Hubo de esperar toda la noche, tratando de dormirse. Al amanecer, y tras de oír un gran estrépito, percibió un fuerte olor a azufre y a poco entró el Diablo en la gruta que le servía de morada, pavoneán-



Después de dar gracias a la vieja...

Después muy satisfecho. Cenó como un Heliogábalo, después se tendió en el suelo, y a poco roncaba estrepitosamente. Cuando estuvo bien dormido, la vieja le hizo una seña a Juanito, quien se acercó cautelosamente al dormido Diablo. De un tirón, le arrancó uno de los pelos de oro que tenía en la calva, tras lo cual fué nuevamente a ocultarse. El Diablo, furioso, levantó al punto la cabeza.

—¿Qué mosquito me ha picado? —refunfuñó—. Siento olor a carne humana.

—Es que estuvo aquí un chico de paso, y al saber que era éste el fin del mundo y tu morada, salió a escape.

—¿Qué quería?

—Saber dónde estaba la llave de un subterráneo lleno de riquezas que se encuentra a mil leguas de este lugar.

—Está en el mismo sitio donde la perdió el bisabuelo del castellano. Entre un montón de basura, detrás de la puerta de entrada. Y cállate, que quiero dormir.

Roncaba a poco o estrepitosamente. La vieja hizo una nueva seña, y Juanito, luego de arrancar el segundo, volvió a esconderse.

—He sido yo —dijo su madre—. Quiero saber cómo podría sanar el hijito del castellano que vive a quinientas leguas de aquí.

—Pues cerca del vigésimo pedregajo del subterráneo está el remedio. Hay un agujero hecho por un sapo y dentro del agujero un anillo. Si se lo pone, sanará al punto. ¡Y no me vuelvais a despertar, brujo!

Una vez dormido, Juanito tiró del tercer pelo de oro, que mucho le costó arrancar. El Diablo se enderezó furioso y vociferando:

—¡No me sigas tirando de los pelos! ¡Y ¡cepito que huelo a carne humana!

—¡Calla, tonto, y dime por qué no puede descansar nunca el barquero que pasa a los caminantes en el río!

—Porque es un imbécil. Ya estaría libre, si se le hubiera ocurrido poner los remos en manos de cualquiera de los pasajeros que transporta. ¡Y, como me vuelvas a despertar, te hago papilla!

Cuando el Diablo se hubo dormido profundamente, Juanito, luego de dar las gracias a la vieja, se alejó de aquel maldito lugar.

En su viaje de regreso, habló con el barquero, desoyendo las voces del mismo, que quería demostrarle su gratitud, ofreciéndole un nuevo paseo; Juanito se cuidó de volver a embarcarse, pues



La contemplación de las riquezas de Juanito...

rada tenía de tonto. Finalmente llegó al castillo do moraba el joven enfermo. El dueño de casa se apresuró a preguntarle si había obtenido éxito en sus gestiones. Enterado por el aldeano, puso en práctica el consejo, y la curación fué instantánea. Después enteró al otro castellano del lugar dónde estaba la llave de la puerta del tesoro. Abierto el subterráneo, vióse que estaba rebosante de oro y pedrería. Juanito, a instancias del agradecido señor, llenóse los bolsillos con tan preciosa carga, y prosiguió su marcha hacia el palacio.

Juanito entregó al soberano los tres pelos del Diablo, quien ya no pudo oponerse a que el muchacho se casara con su hija. Pero lo que lo decidió, fué la contemplación de las riquezas de Juanito, que podían dar envidia al príncipe más rico

de la tierra. Celebróse la boda con gran alegría, y al fin hasta la princesa se sintió feliz, por tener un marido que hiciera tantas hazañas por conquistar su mano. El rey le preguntó de dónde había sacado semejantes riquezas, y Juanito decidió castigarlo por haberse portado tan cruelmente con él.

—Me las regaló el Diablo —repuso.

Y el rey decidió partir al fin del mundo, llegando en su viaje a la orilla del río donde el barquero seguía transportando pasajeros. Apenas saltó a la barca, el barquero púsole rápidamente los remos en las manos y apresuróse a saltar a la orilla. ¡Estaba libre de su hechizada tarea!

Así fué castigado aquel rey felón. Y transcurrido el tiempo y al ver que no volvía, el pueblo proclamó rey a Juanito, que no se olvidó de su padre ni de sus hermanos, a quienes dió títulos de nobleza y colmó de tesoros. Fueron tan felices como él.

Y colorín colorado, este cuento se ha acabado.





EDITORIAL
TOR

